

Mario Gaviria o "el análisis concreto de la realidad concreta"

Ion Martínez Lorea

Universidad Pública de Navarra

Por escrito

Supe de Mario mucho antes de conocerlo. En los años 80. Por entonces, las baldas de toda biblioteca familiar pamplonesa solían contar con sus correspondientes ejemplares de *Grandes Obras del Pensamiento* de Agostini, Altaya o Gredos, por supuesto incompletas, algún que otro *premio Planeta* y *premio Nobel de literatura* (*Fiesta de Hemingway* incluida), la Pamplona antaño de Arazuri, la *Gran Enciclopedia de Navarra*, editada por la Caja de Ahorros, seguida del *Atlas de aves nidificantes de Navarra*, una compilación de viñetas de Forges y otra de Mafalda, un par de Episodios Nacionales y, probablemente, los chirriantes *Cuadernos de Educación Popular* de Marta Harnecker. Entre todos ellos también solían encontrar acomodo dos libros de lúgubre lomo negro con finas letras blancas donde se hacía referencia, por un lado, y sin más indicación, a *Navarra* y, por otro lado, al *Espacio de la fiesta y de la subversión*. El primero con autoría de Mario Gaviria (*sic*) y equipo; el segundo de Antonio García Tabuenca, Mario Gaviria y Patxi Tuñón. A pesar de que estéticamente no eran ejemplares muy agradados, tenían un grosor y altura suficiente como para cumplir con la preceptiva función decorativa. Mis merodeos por una biblioteca de este estilo, las casualidades y algunos comentarios familiares sobre un personaje muy peculiar que alguna vez aparecía en la radio, en la tele o en la prensa, provocaron que la superficialidad de aquellos lomos negros fuera adquiriendo una profundidad de centenares de páginas repletas de textos, tablas, gráficos y fotografías de lo más variopintas. Ahí es cuando fui tomando conciencia de quién era Mario Gaviria.

Con el paso del tiempo, ir pasando las páginas de Navarra, que pronto se convirtió en *Navarra. Abundancia. Ecología y recursos naturales* (1978)¹, o *El espacio de la fiesta y la subversión*, ahora con el gráfico subtítulo de *Análisis socioeconómico del Casco Viejo de Pamplona* (1979)², me llevó a ciertas intuiciones sobre el responsable de aquellas publicaciones que años después se fueron confirmando cuando, finalmente, conocí a la persona.

En primer lugar, esos trabajos resultaban difícilmente contestables sobre todo porque venían respaldados por una abundante y valiosísima información proveniente de artesanales y algo pedestres —pero siempre concienzudos y honestos— mecanismos de recopilación de datos. Todo ello simplemente llevaría a confirmar la máxima leniniana, apropiada por Mario y permanentemente repetida: la investigación es el "análisis concreto de la realidad concreta". Y a ello se ponía siempre. Cada trabajo suponía remangarse y bajar al barro, ir al contacto, cuando no al choque, con la realidad que deseaba conocer, analizar y hacer suya. Dan fe de ello sus equipos reunidos durante el tiempo que fuera necesario en hoteles, albergues, casas alquiladas, locales cedidos o

1. Gaviria, M. (Dir.) (1978) *Navarra. Abundancia. Ecología y recursos naturales*. Donostia: Hordago.

2. García Tabuenca, A., Gaviria, M. Tuñón, P. 1979. *El espacio de la fiesta y la subversión. Análisis socioeconómico del Casco Viejo de Pamplona*. Donostia: Hordago.

su propia casa, si fuera preciso, y donde se entremezclaban autóctonos y extranjeros recién aterrizados, neófitos e investigadores experimentados, todos ellos gente con ganas de trabajar y de aprender sobre el terreno. Era lo que buscaba Mario.

En segundo lugar, cada página redactada resumaba optimismo. Incluso aquellas que hablaban de las dificultades de la población mayor, que no llegaba a fin de mes, o de la amenaza de la energía nuclear para el territorio. Todas fueron escritas para plantear la posibilidad de acceso a un escenario social mejor, es decir, esos “análisis concretos” se enfocaban desde un esfuerzo para cambiar la “realidad concreta” y obtener unas condiciones generales mínimas que permitieran el disfrute de una vida buena, esto es, el gozo de la buena vida. Asimismo, la investigación y el activismo, que en Mario se daban sin solución de continuidad (y donde uno servía al otro), a pesar del enorme esfuerzo que implicaban, rompían en su caso, como ha apuntado su amigo y colaborador Fito Jiménez, con la lógica judeocristiana del compromiso como sacrificio y renuncia, y se planteaban como una apuesta optimista desde y en la cual disfrutar. Por eso, en sus proyectos se entremezclaban el trabajo de campo, las reuniones de grupo para poner en común los análisis realizados, con la comensalidad y la fiesta. Todo formaba parte de lo mismo. Eso sí, existía un paréntesis temporal irrenunciable: la siesta.

En tercer lugar, incluso un mal observador podría confirmar que Mario nunca trabajaba solo. Uno puede aventurar que era una cuestión de militancia metodológica, creía que debía trabajar en grupo y con perspectivas múltiples, de manía, siempre lo había hecho así y no iba a cambiar, o de incapacidad, necesitaba estar acompañado para desarrollar su actividad. Pero la conclusión era clara: Mario trabajaba en equipo. Las más de las veces en inmensos grupos que coordinaba en solitario o en “dirección colegiada” y, en todo caso, siempre desde un enorme respeto a todas y todos los miembros del equipo. Y así lo reconocía nombrándolos al comienzo de todos sus textos: dirección y coordinación, equipo investigador y redactor del informe, consultores, colaboradores de la investigación, otros investigadores en etapas parciales, redactor de tal o cual capítulo, etc. Aunque tuviera en mente hacia dónde ir (y él era finalmente quien tomaba la decisión), siempre valoraba la aportación de cada mirada diversa, la reflexión realizada desde una disciplina ajena a la suya, la sociología. Igualmente, tenía el tacto de tratar a todo neófito como a un igual: escuchaba y ponderaba lo dicho. Eso sí, del mismo modo que respetaba cualquier opinión, también podía calificarla, una vez evaluada, de “chorrada”, viniera de alguien ajeno a la investigación o de la estrella académica de turno.

En cuarto lugar, aquello que aparecía en sus libros solía estar fuera de la corrección y la lógica del tiempo en que se publicaban. El mejor ejemplo de ello lo representa un peculiar trabajo: la guía municipal del Ayuntamiento de Pamplona, editada en 1985³. Este texto merece que nos detengamos unos instantes en él. En buena medida, se nutre del anterior *Espacio de la fiesta y la subversión*, magnífica obra que ya a finales de la década de 1970 clamaba —apoyándose en lo dicho por su maestro, el sociólogo y filósofo Henri Lefebvre— contra el riesgo de un centro histórico que pudiera convertirse en “simple escenografía”. Pero, a su vez, la guía del 85 supone un trabajo original que podemos interpretar como algo completamente alejado de lo que hoy entendemos por guías turísticas, convertidas en soporte de marketing y publicidad. La misma es

3. Gaviria, M., García Tabuenca, A, Tuñón, P. y otros. 1985. *Pamplona/Iruña*. Pamplona: Ayuntamiento de Pamplona.

en realidad un enorme trabajo etnográfico destinado a ofrecer al lector la posibilidad de apropiarse de aquellos lugares en los cuales disfrutar de la ciudad, en soledad o en compañía, entre visitantes o de la mano de especímenes autóctonos. Baste con destacar los planos de bares del centro histórico, indicados calle por calle y número por número, para recomendar el poteo o el vermut, o los parques y jardines donde poder dormir en época sanferminera. Pero, no lo olvidemos, también es la radiografía de una ciudad viva (no una mera imagen edulcorada), donde, por tanto, se refleja la efusividad y desinhibición festiva pero también la tensión de los conflictos sociales y políticos. La ciudad, en este sentido, es mostrada como un escenario en tránsito, con unas estructuras y dinámicas en suspenso, sin destino definido y donde, por ende, sus habitantes podían ser quienes decidieran a dónde ir, a dónde llegar.

Una breve selección de fotografías de esta guía (realizadas por una quincena de autores) evidencia, por un lado, el carácter provocador y transgresor de Gaviria pero, por otro, también su enorme intuición, la que él definía con orgullo como “intuición femenina”, y que en realidad vendría a confirmar la famosa máxima marxiana que apunta a que el ser humano solo se plantea aquellos problemas que puede resolver. Así pues, su enorme imaginación (la del ser humano) le hacía, como él mismo decía, ir en algunos temas décadas por delante de lo que sucedía. Dicho de otro modo, era capaz de poner sobre la mesa cuestiones que en el momento podían resultar inverosímiles pero que acabarían siendo planteadas para su abordaje efectivo tiempo después. La utopía concreta, lo posible-imposible, que describiera Lefebvre. De esta forma, en la guía aparecen fotos de bellas escenas cotidianas, en nada solemnes, al más puro estilo neorrealista, con jubilados jugando al mús o jóvenes charlando echados en los jardines de la Plaza del Castillo o disfrutando de conciertos en la Ciudadela, pero también guiris comiendo y bebiendo junto a una escultura de Hemingway, en la más evidente celebración y reivindicación de un turista hoy completamente denostado. Otras imágenes y textos nos remiten a las huertas urbanas, tan de moda en la actualidad y tan poco “glamurosas” entonces, o a los carriles bici y al río como espacios de disfrute, igualmente defenestrados durante décadas. En la vertiente surrealista (por la imagen en sí o por el hecho de aparecer en una guía municipal) encontramos, como reza el pie de foto, a una “pamplonesa congelada”, una muñeca de nieve a la que se le ha dado curvada forma sobre uno de los bancos de piedra del kiosco de la Plaza del Castillo, o una festiva y colorida manifestación ecologista donde se está prendiendo fuego, en la plaza consistorial, a una suerte de maqueta de fábrica hecha de varillas metálicas y papel.

Esta mezcla de intuición y provocación tenían un objetivo claro, llamar la atención e interpelar a los lectores sobre la urgencia y la oportunidad de intervenir en los temas tratados. En este sentido, los lectores jamás son considerados como inferiores, sino como personas capacitadas para comprender sus argumentaciones. Aunque la redacción nunca pierde la pretensión de enseñar, de iluminar sobre temáticas concretas en los que el autor se ha metido a fondo, con el objetivo de ser “el que más sabe”, sea esto los Sanfermines, la energía nuclear, las rentas de inserción o las nuevas ciudades de playa. Asimismo, entre sus destinatarios está un perfil más concreto de lector, aquel que quisiera movilizarse y que tuviera posibilidades de transformar la realidad, tanto fuera como dentro de las instituciones.



Pamplonesa congelada



Movilización ecologista



Elogio al guiri sanferminero

Imágenes: Gaviria, M. y otros (1985). Pamplona/Iruña. Pamplona, Ayuntamiento de Pamplona.

En quinto lugar, respecto a su quehacer como escritor no cabe más que decir que Gaviria cumplía también con ese estilo artesanal con el que abordaba la investigación ya desde el diseño del proyecto. En este sentido, no prestaba demasiada atención a lo formal. No le importaba que la redacción no estuviera demasiado cuidada, que no hubiera equilibrio entre apartados o entre párrafos, que hubiera reiteraciones y alguna que otra contradicción. O, dicho de otro modo, asumía que él no escribía para deleitar al lector sino para ganarlo para su causa. La que fuera. El formalismo de la academia y las nuevas modalidades de comunicación le resultaban tediosas. Por ello, solía imponerse el estilo de informe de consultoría (al menos el de los años 70 y 80), es decir, sin fuegos de artificio digitales, sin *PowerPoint*, músicas, vídeos ni demás accesorios.

Él creía que el texto lo explicaba todo y no necesitaba más, a no ser una tabla o cuadro que corroborara sus afirmaciones o una imagen que pudiera decir más que un texto explicativo. Eso sí, intentaba ayudar al lector con fórmulas peculiares (sobre todo por el exceso en su uso): imposibles títulos de capítulos o apartados de cinco o seis líneas, abundantes subrayados y sobre todo negritas (muy de consultor) recordando que un técnico o un político que fuera a leerle no tiene tiempo y va al resumen, a las claves, y había que tenerlas claras y, finalmente, extractos de entrevistas o citas de otros autores que en casos podías ocupar páginas enteras, en lo que supone o una pereza por el análisis o la paráfrasis o la asunción de que si alguien ya lo había dicho y mejor de lo que podía decirlo uno, para qué ir más allá de lo citado, eso sí, siempre reconociendo la procedencia el texto.

Mucho que ver con el formato de sus textos tiene el modo en que se plasmaba sobre el papel su pensamiento: vía dictado a su “magnetófono” y de ahí vía “mecnógrafo”. Pocas veces escribió una página con máquina de escribir o con ordenador. Decía que era un retraso de la humanidad utilizar los dedos para escribir, en lugar de utilizar la voz. De hecho, nunca llegó a manejar un correo electrónico (si lo necesitaba pedía a un amigo o a su cuñado Gonzalo que le enviaran tal o cual mensaje) y el teléfono fue su medio de comunicación predilecto. Cuando se le llamaba para charlar o consultarle cualquier cuestión, si estaba disponible solía atenderte con la mayor de las amabilidades. Y siempre lo hacía del mismo modo, incluso cuando llamaba él: primero preguntaba y escuchaba, con paciencia. Interrogaba por todos los miembros de la familia y por todos los amigos comunes. Luego venía su turno y lo aprovechaba al extremo, hasta que solía llegar, mucho tiempo después, el momento de cerrar la conversación, no de una forma programada sino de modo abrupto. Haciéndote cargar con la responsabilidad de una charla tan extensa, sin muchos miramientos se excusaba: “venga, chaval, que tengo que cortar, que no me va a dar tiempo a hacer lo que tengo programado”. Esos asuntos pendientes normalmente se concretaban en tres tareas: una visita a la que atender, un partido de fútbol de la Champions que ver en la tele y, cómo no, estar “redactando” un texto en su grabadora de micro-cassete (“empieza con mayúscula”, “después coma”, “fin de frase”, “punto y aparte”, “comillas”... silencio de muchos segundos para reflexionar —“eh, eh, eh”— hasta que se retoma el relato), la cual solía enviar por correo postal a su “mecnógrafo” (estuviera en Benidorm, Madrid o Zaragoza), en casos con el “magnetófono” incluido pues no era fácil encontrar uno: ¡Pura artesanía!

En corto

La fama que le precedía

Tras un primer contacto literario con Mario en el contexto familiar, vino el momento de la aproximación a su persona en el periodo universitario cuando realicé mis estudios de licenciatura en Sociología en la Universidad Pública de Navarra. Entonces era reconocido sobre todo como un pope del Trabajo Social preocupado por la acogida de la población inmigrante y por la convivencia entre lo que llamaba la población autóctona y alóctona. Uno de los primeros eventos en que lo vi en acción fueron unas jornadas de intercambio entre estudiantes de la Universidad Pública de Navarra y la Universidad de Toulouse. Y, claramente, jugaba el papel de líder, de dinamizador carismático que recurría a la calidez y al humor pero que también destilaba mal genio cuando algo no salía como lo había planificado (pongo por caso una traducción simultánea del francés al castellano que no le parecía lo suficientemente fluida o fidedigna).

Su fama como profesor también le precedía. Amado y odiado en este aspecto sabía bien cómo resolver el entuerto. Era magnánimo: el primer día de clase anunciaba un aprobado general e invitaba a quien no tuviera más interés en lo que fuera a contar que no volviera a pasar por el aula. Quien quisiera aprender, como decía él, era bienvenido. Cómo no, la cosa iba de “análisis concreto de la realidad concreta” y de alergia y pereza antes las pedanterías, tics y oscurantismos académicos. Consecuencia de esto fue, por un lado, la traslación de su dinámica de trabajo en equipo y desplazamiento al terreno al ámbito de las asignaturas que impartía: hornadas de alumnos y alumnas saben lo que es pasar unos días en su casa de Cortes, su pueblo natal, no teniendo muy claro si aquello era el campamento de fin de curso o un retiro espiritual de trabajadores sociales. La propia duda generada era un éxito del método de Mario ya que se lograba ver el trabajo como disfrute y la investigación social como actividad compartida y como aprendizaje sobre el terreno. Otra promoción, la de 2000, tuvo la ocasión de bajar a El Ejido (Almería) para, cómo no, sobre el terreno investigar qué estaba pasando en el conflicto entre la población autóctona y los trabajadores inmigrantes de los invernaderos. Esto serían las mejores prácticas y el mejor master no reglado que muchos de aquellos estudiantes harían.

Por otro lado, su postura antiacadémica le valió tener una relación muy difícil con la institución universitaria. Era un juego de desprecios y reconocimientos mutuos, de no querer y de obligar a pasar por el aro. Es así como se entiende que no le importara trabajar en infinidad de entes formales e informales desde los cuales enseñar y producir conocimiento sea en CEISA, en la Universidad Politécnica de Madrid o en su asentamiento formal en la Universidad Pública de Navarra. Sin embargo, decía que no pudo, aunque tampoco quiso, ser doctor, lo que le hubiera valido conseguir una mayor estabilidad laboral y económica. Pero a su vez estuvo dispuesto a concursar tres veces, como recordaba con amargura, por la misma plaza (en las sucesivas reconversiones de la misma) en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad Pública de Navarra. También escribió textos fundamentales para distintas disciplinas que nunca fueron ni serían homologables a los criterios de las publicaciones científicas. Muchas de estas vicisitudes son un común denominador de toda una generación que se mueve dentro y fuera, a favor y en contra de la institución académica, negando y plegándose ante

la misma: es la historia de los Jesús Ibañez, Alfonso Ortí, Ángel de Lucas o el propio Mario.

Otra faceta suya conocida por mí en este periodo universitario fue la de pionero de la sociología urbana y rural en España, así como introductor de Henri Lefebvre para el lector en lengua castellana. Fue Jesús Oliva, uno de mis maestros en estas materias y discípulo de otro afrancesado “hijo del 68” como Gaviria, Josechu Mazariegos, quien subrayara la figura de Mario como un hombre interdisciplinar capaz de captar, a pie de calle, las problemáticas fundamentales del momento (sin encasillamientos artificiosos) y, a su vez, de incorporar el pensamiento de autores clave como sin duda lo fueron Henri Lefebvre⁴ o Jane Jacobs⁵. Es ahí cuando descubro que ese señor ya entrado en años, con aspecto de abuelo bonachón, había buscado y reunido los textos que dieron forma a *De lo rural a lo urbano* (1970) o quien prologó *El derecho a la ciudad* (1968) o, por poner otro ejemplo, quien había dirigido y escrito los estudios para un ecléctico e iluminador *Campo, urbe y espacio del ocio* (1971).

El café Iruña

Acabados ya mis estudios de licenciatura y con Mario habiendo abandonado ya la universidad y comenzando a recibir reconocimientos como el Premio Nacional de Medio Ambiente en 2005 o el I Premio Sociedad y Valores Humanos del Colegio de Sociología y Politología de Navarra en 2006, llegó el momento de conocerlo cuando le propuse realizar una de las entrevistas de mi tesis doctoral, acerca de la producción de espacios públicos en la ciudad de Pamplona. Nos citamos en el Café Iruña, uno de los locales más emblemáticos de Pamplona, a las once de la mañana. Venía con cara de pocos amigos, con una americana crema que sobresalía bajo un anorak rojo y arrastraba algo los pies. “Estoy mal dormido”, dijo. Mal empezamos, pensé yo. Sin embargo, desde un inicio todo fueron amables disculpas por su parte. “Vine ayer de Zaragoza, he pasado noche en mi casa [un enorme apartamento en el bello edificio de La Agrícola, sito en la plaza San Francisco, que funcionó como auténtica embajada gaviriana] y le cuesta muchísimo calentarse y he pasado un frío horrible. Pero dime lo que quieras, tengo todo el tiempo del mundo”. Y vaya si lo tenía. También tuvo paciencia y empatía para ponerse en mi lugar o, al menos, para esforzarse por entender qué es lo que quería obtener de él. “A ver, antes de empezar, dime qué es lo que quieres, sobre qué estás investigando”. Yo intentaba encauzar la entrevista, con la grabadora ya sobre la mesa pero no dejaba de responder a sus preguntas. Todo seguía los ritmos establecidos por el ejercicio de seducción de Mario que combinaba el palo del “ipero si quieres hacer la tesis sobre todo, tendrás que centrarte!” con la caricia del “ipero si lo sabes ya todo!”. Finalmente, aún intimidado por lo que representaba su figura, logré plantear las primeras preguntas, un tanto erráticas pero que permitieron ir avanzando en la entrevista. Pasadas las dos horas comprobé que aquello no tenía visos de acabar pronto. De hecho, acabó proponiéndome “oye, ¿por qué no comemos juntos aquí y luego seguimos charlando?”. Así fue. La entrevista colmó las expectativas que tenía en cuanto a contenido, pero fue mucho más allá.

4. Lefebvre, H. 2013 [1974]. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing; 1968 (2017). *El derecho a la ciudad*, Madrid: Capitán Swing.

5. Jacobs, J. 2011 [1961]. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.

Por momentos comprobaba que Lefebvre le quedaba ya lejos. Le daba pereza, no por las temáticas a tratar sino por hacer referencia a un amigo que ya no estaba y con el que había disfrutado y aprendido mucho. Por suerte, con el tiempo conseguí revertir tales reticencias y confirmar que ese aparente desdén simplemente era una invitación a introducirse en un escenario menos previsible y más ambicioso del pensamiento. Con toda la llaneza del mundo dejaba ver que la perspectiva crítica desde la cual proponía yo analizar la realidad de Pamplona no le entusiasmaba. Le parecía demasiado facilona, *naïf*. “Los ‘progres’ lo tenéis muy difícil en Pamplona”, decía. “Pamplona es una ciudad europea y eso se nota en cuanto llegas, no tenéis mucho de qué quejaros en comparación con otras muchas ciudades. Si miras Zaragoza, está diez años por detrás de Pamplona en todo. Y ni punto de comparación con la Ribera de Navarra. Y solo hay que ver de dónde venimos. De la ciudad que estudiamos en el libro [*El espacio de la fiesta y la subversión*] hoy queda muy poco”. Todo ello solía aderezarlo con una frase que tiene mucho de verdad pero que en parte conducía a una trampa que bloqueaba cualquier crítica posible: “Joder, qué me vas a decir a mí ahora, que yo conocí las cartillas de racionamiento. Por eso, siempre digo que hay que pensar con perspectiva histórica”. En fin, Mario animaba a no sucumbir al alarmismo ni a plegarse a la crítica superficial pero a su vez parecía no dejarte cuestionar las dificultades o problemáticas presentes por considerar que las mismas no estaban a la altura de otros momentos históricos más complejos. Con todo, su inconformismo respecto al “pensamiento establecido”, fuera del tipo que fuera, resultó un gran aprendizaje. Era la sana invitación a poner en cuestión la perspectiva crítica (muchas veces reducida a etiqueta autoasignada) cuando, con demasiada frecuencia, transita la autorreferencialidad y la autocomplacencia. Esta resistencia a plegarse a un plano único de análisis es algo que me producía gran incomodidad, me sacaba de la lógica desde la que trabajaba pues, en parte, exigía tener más respuestas de las previstas planteadas, más puntos de vista que abordar. Lejos de convencionalismos y estereotipos, lejos de planteamientos unívocos, Mario proponía permanentemente nuevas líneas desde las que interpretar la realidad.



Fotografía: "Socioantropólogos de lo urbano y de la fiesta". De izquierda a derecha: Mario Gaviria, José Ignacio Homobono, Catherine (sra.) de Lefebvre, Henri Lefebvre y Claude Gaignebet. La fotografía está realizada la sociedad gastronómica Gaztelu Leku (Pamplona-Iruña), durante los Sanfermines de 1982. Fuente: Homobono, J.I (2013) "Henri Lefebvre, un clásico pensador de lo urbano, recuperado", pp. 19.34 en *Zainak*, nº 34.



En el estudio de su casa de Cortes (Navarra). Verano de 2015.

La entrevista transitó infinidad de temas, cuando ya hacía un rato que había dejado de ser una entrevista. En no pocos momentos el lugar que nos acogía, el Café Iruña, se convirtió en protagonista de la conversación, lo cual conectaba a su vez con las fiestas de San Fermín, uno de los acontecimientos sociales más disfrutados y admirados por él. Era la apoteosis de la apropiación del espacio y del tiempo por parte de los habitantes y visitantes de la ciudad donde el ritual y el caos se entremezclaban. Era el momento donde se festejaba en comunidad de una forma más gráfica, incluso a través de la vestimenta: todas y todos de blanco y rojo. También era una maravillosa celebración del comer, del beber y del bailar. Eso sí, con poco sexo, recordaba. Los sanfermines era una fiesta “de trago largo y coito corto”. Con todo, San Fermín era el ejercicio del derecho al disfrute como parte fundamental del derecho a la ciudad. Quien mejor había reflejado este escenario, hace ya casi cien años, fue un asiduo al Café Iruña como Ernest Hemingway⁶. Ese Café Iruña también recibió la visita de Henri Lefebvre de la mano de Mario. Junto a su mujer Catherine disfrutó de la música en la calle, las sociedades gastronómicas y el tendido de Sol de la plaza de toros donde se sitúan las peñas de San Fermín. Allí ya con 82 años Lefebvre se convirtió, como otro cualquiera, en objetivo de las bromas de mejor o peor gusto, de los mozos y mozas de las peñas las cuales culminaron con el lanzamiento sobre Lefebvre de un gran cubo de agua con hielos utilizado para refrescar las bebidas y con Mario y otros amigos trasladando al octogenario a casa para recibir un baño de agua caliente. Gajes del oficio. Las consecuencias del goce festivo.

6. Hemingway, E. 2003 [1926]. *Fiesta*. Barcelona: Debolsillo.

Mucho antes de terminar la entrevista, que se demoró hasta bien entrada la tarde, pero como hito más rocambolesco de la misma, y que simplemente confirmaba que Mario era una persona inclasificable, me espetó sin yo esperarlo un: “oye, ¿por qué no te vienes conmigo a Benidorm?”. La cosa no sonó tan mal en su contexto como cuando se lo comenté a unos amigos: un señor de cerca de setenta años me ha ofrecidoirme con él a Benidorm una temporada. Esa invitación fue tan peculiar como en realidad lo eran Mario y la propia ciudad de Benidorm. Tanto con él como con Benidorm el juego era luchar contra los prejuicios que se les situaban delante. Desde los prejuicios, Mario era el rojo que se había vuelto conservador o que, como poco, andaba un poco gagá y Benidorm era el lugar cutre a donde iban los viejos y los pobres de Europa, víctimas aparentemente ignorantes (para eso eran de clase trabajadora y se les podía engañar con facilidad, podría pensarse), del turismo de masas.

Benidorm o el derecho al disfrute de la clase trabajadora

Dos frases inauguran el viaje a Benidorm. Para empezar me dijo “ahora vas a hacer el verdadero Master en Urbanismo que nunca has hecho y en el que más vas a aprender”. Resultaba algo pretencioso, pero con el tiempo considero que quizá no se equivocaba. La siguiente afirmación fue toda una declaración de intenciones sobre el quehacer gaviariano: “que te quede claro, vienes a aprender, no te voy a pagar, pero estate tranquilo, porque tampoco te voy a cobrar”. En el fondo, estaba hablando de pagar con su bien más valioso y a la vez escasamente valorado por la academia y las instituciones: su conocimiento acumulado. De igual modo, transmitía que no tenía otro modo de pagar (aunque sí permitía que el viaje le saliera al neófito a costo cero) y que no contaba, por ende, con un respaldo institucional para investigar. Y es que Mario investigaba por amor a la investigación y por el anhelo de cambiar la realidad que investigaba. De hecho, como comprobé en más de una ocasión, muchos de sus proyectos comenzaban por un encuentro informal entre él y algún representante institucional (pongamos por caso una comida o un café donde las partes se tanteaban) y, antes de que ese encuentro hubiera dado paso a un acuerdo formal posterior, él ya había decidido inicial su investigación. Era capaz de pedir créditos a los bancos para pagarse hoteles, lavanderías y desplazamientos para trabajar en un proyecto durante meses y cerca del final de la investigación dudar sobre si el ayuntamiento había aprobado una partida para ese estudio y si finalmente le iba a pagar. En Benidorm, por ejemplo, llegó a estar en una habitación de hotel más de ocho meses. En un estudio en la Ribera de Navarra invirtió más de un año de su tiempo. Eso sí, luego peleaba por su trabajo y reivindicaba la honestidad y el valor de su producción. Si se le había pedido estudiar algo ahí estaba el resultado.

Su invitación para ir a Benidorm se enmarcaba en una propuesta por parte del Ayuntamiento de la localidad para darle un giro a la política urbana de la ciudad. En cierto modo Mario era un gurú del planeamiento urbano y, sobre todo, uno de los pocos que defendía sin vergüenza el llamado “modelo Benidorm”. Por ello lo consideraban un valor seguro que iba a incidir, como solía hacer, en las bondades de la ciudad alicantina. Sin embargo, la gente parecía olvidar que también era un incordiador y que no iba a trabajar por trabajar ni, si llegaba el momento, a cobrar por cobrar. Movilizó a todo el per-

sonal del Ayuntamiento, convocaba reuniones continuas con decenas de funcionarios para conocer los entresijos del consistorio y para que le explicaran cómo funcionaba la ciudad. Algo parecido ocurría a pie de calle, cuando abordaba a señores o señoras mayores que iban o venían de hacer la compra para preguntarles qué recorridos serían los más adecuados para ir de su casa al supermercado evitando las cuestas y escaleras que exigían cruzar el parque de L'Aigüera, y qué les parecía la vegetación del parque y que si se paraban a descansar o preferían ir a otros sitios. Con paciencia, con aparente ingenuidad, apretaba a los informantes hasta obtener de ellos toda la información posible. Muchas de las conclusiones alcanzadas no tenían por qué ser del agrado del equipo de gobierno. En ciertos casos Mario asumía con resignación que algunas propuestas no iban a ser realizables, pero en otros se empeñaba hasta poner en riesgo el trabajo final y amenazar con renunciar a su labor si no eran atendidas.

Cuando acepté viajar a Benidorm, él fue quien me puso una primera condición: debía viajar en autobús desde Pamplona. El objetivo era triple: el viaje a él le iba a salir más barato, al medioambiente le iba a suponer un menor impacto que el viaje en coche (para esa distancia y viajando solo, no era energéticamente sostenible el coche, decía) y, finalmente, en el autobús podía comenzar a estudiar a la gente que viajaba hasta Benidorm.

Al llegar a la tarde-noche al hotel Poseidón donde nos alojaríamos, yo pensaba ya en cenar algo y terminar la jornada. Nada más lejos de la realidad. Él ya no estaba en el hotel. Me citó en un bar próximo que contaba con grandes pantallas donde se proyectaba un Barça-Madrid. Se levantó y con una sonrisa de oreja a oreja, me recibió con un abrazo. "¿Qué quieres tomar?". Una cerveza. "Siéntate, mira qué gusto da ver esto". El bar estaba repleto de españoles y extranjeros viendo el partido. Charlamos. No demasiado. "Para ver el fútbol hay que estar tranquilo y concentrado. Luego seguiremos hablando". Después cenamos. Ahora sí pensaba que llegaba la hora de la retirada a descansar. Craso error. Estaba a punto de llegar otro compañero: Luis Calavia. Él ya había cenado así que de allí, cerca de la medianoche, nos fuimos a un sitio al que Mario, ya ansioso, deseaba llevarnos. Un auténtico pub británico, con auténticos camareros británicos, con auténtica música británica, con auténtica cerveza británica, con auténtica clientela británica. Allí nosotros tres éramos los auténticos guiris. Antes de tomar asiento, pedimos unas pintas y nos dejamos llevar por lo que Mario describía como "un maravilloso espectáculo". Yo no tenía muy claro qué había en aquello de maravilloso, sin embargo, poco a poco comprobé que la gente parecía estar disfrutando muchísimo. La primera enseñanza de Mario se produjo sin que él pronunciara palabra alguna: hay que aprender a mirar.

Al día siguiente la cosa no iba a ser más tranquila. Desayunamos temprano y de allí al Ayuntamiento. Se esforzaba como el que más. No actuaba como un figurín. Convocaba las reuniones, las preparaba, las grababa, se preocupaba porque hubiera registro fotográfico. Tomaba notas, te hacía tomar notas. Preguntaba, repreguntaba y reflexionaba en voz alta hasta quedarse satisfecho, hasta entender qué se le decía y hasta agotar a los interlocutores. A esas reuniones asistieron cargos políticos, técnicos municipales de lo más variopintos (desde la policía local, hasta los biólogos ocupados de la calidad del aire y del agua) pasando por ingenieros, periodistas, hoteleros, comerciantes, vecinos y, claro es, turistas. Luego redactaba (dictaba) como uno más.

Según los días, hacíamos conteos para conocer el grado de uso de determinadas calles. Otros días tocaba merodeo por el rastro de antiguo a las afueras de la localidad. Otro, estudiar y diseñar un sistema de autobús urbano que accediera a la Creu. Otro más, subir a una zona de viviendas sociales levantadas en la década de 1970 y evaluar las condiciones de vida de sus residentes. Finalmente, acabábamos día sí y día también en alguno de los bares del paseo marítimo de la playa de Levante —“la buena”, que diría Mario— como es el caso del *Heartbreak*. Allí tocaba sacar el cuaderno, acomodarlo entre las cervezas y tomar notas: “apunta todo lo que veas y todo lo que se te ocurra”. Él disfrutaba de la música en directo y lo hacía aún más cuando veía a los demás gozar cantando, bailando y tomándonos el pelo por ser los bichos raros del local. Era el material bruto para una reunión, un artículo o una propuesta sobre espacios exitosos que podrían servir de ejemplos para otros lugares donde la gente quisiera disfrutar y pasarlo bien.

Sin embargo, estas estancias con Mario en Benidorm también fueron un ejercicio de evocación de sus anteriores periodos en la localidad y de sus reflexiones sobre los espacios del placer. Es ahí donde fueron creciendo en mí ciertos recelos sobre su enfoque presente respecto a estos espacios tal como los describía él ahora, alejados en cierto modo de sus planteamientos iniciales, por ejemplo, en España a go-go (1974)⁷ y, a la par, donde me rendí ante la finura de su análisis al desmontar los prejuicios elitistas que se habían confeccionado durante décadas contra Benidorm.

Respecto a lo primero, cabe recordar que quien leyera y escuchara a Mario podía detectar diferencias, pero sustancialmente nos encontrábamos ante una misma mirada sobre Benidorm con elementos de crítica, elementos de elogio y planteamientos de transformación en positivo. Nunca cuestionó el turismo y menos el turismo de masas. En cambio lo concibió como un derecho humano, como un aporte del estado del bienestar (ejemplificado en las vacaciones pagadas y en particular en los viajes del IMSER-SO). Aquello puede leerse como parte de las lógicas de una sociedad de consumo dirigido, como un espacio de reproducción social, pero Mario lo pensaba sobre todo como un escenario en el cual la gente, en un enclave geográfica y térmicamente excepcional, lograba disfrutar del estar juntos, del rejuvenecer bailando, del desinhibirse y del fundamental goce del sol y del mar. “No sé qué tiene de malo ser un país de camareros”, decía, buscando provocar y no tanto. “Es el complejo de sentirse servicio de los demás. Si se obtiene un trabajo no precarizado, dónde está el problema”.

En su momento fue muy crítico con las condiciones laborales de los trabajadores del ámbito del turismo y del ocio (“los braceros del turismo” los llamó) o con las estrategias de los touroperadores extranjeros como grandes modificadores del territorio. Estas facetas no desaparecían de su argumentario en la actualidad pero sí parecían perder fuerza. Transmitía sentirse derrotado en este ámbito, lejos, por ejemplo, de su combatividad antinuclear, y prefería incidir en el disfrute de las personas. Sobre ese derecho al disfrute. Por ello, quería revindicar la voz de los turistas, trascendiendo pues su imagen como borregos ignorantes (véase por ejemplo las caricaturizaciones que se han ido construyendo en programas de televisión como *Callejeros Viajeros*, particularmente del caso de Benidorm) y destacaba las mejoras que se habían ido produciendo desde

7. Gaviria, M (Dir.) 1974. *España a go-go. Turismo chárter y neocolonialismo del espacio*. Madrid: Turner.

que él llegó a la localidad por primera vez tanto en la calidad de los servicios, en el tratamiento de residuos como en las condiciones laborales. Todo ello sin considerarlas ni mucho menos idílicas. No puede olvidarse en este sentido que nuestro estudio se tituló “Enamorados de Benidorm”.

Respecto a lo segundo, a la deconstrucción de los prejuicios elitistas sobre Benidorm, considero que este es uno de sus grandes aportes. Sin duda, esta cuestión no debe velar los problemas planteados en el primer caso, pero conviene subrayar cómo también aquellos problemas que sin duda se han producido y se producen en Benidorm y en otras localidades turísticas (condiciones laborales muy mejorables, riesgo de deterioro medioambiental, etc.) actúan en parte como espoleta para justificar el desprecio a un tipo de turismo calificado como cutre y con ello a un perfil social que elige este espacio para el disfrute como podía elegir el turismo de interior o el turismo cultural. A esto habrá que sumarle otros argumentos que estaban lejos de convencer a Mario y que se refieren a un Benidorm —el de la expansión urbana en baja densidad— que él jamás reconocía como parte del “modelo Benidorm” sino como una degradación del mismo en el marco del boom del ladrillo de finales del siglo XX al que acompañaron atrocidades como Terra Mítica y otros pelotazos inmobiliarios o los grandes resorts de lujo que nada tienen que ver con el turismo popular que ha triunfado históricamente en la localidad. Si Owen Jones ha subrayado recientemente cómo se demonizaba a la clase obrera británica en su reconocido *Chavs*⁸, Mario Gaviria puso hace ya décadas sobre el tapete la demonización de los espacios del disfrute de la clase trabajadora española y europea. Y, dándole la vuelta, encarnó la reivindicación de los mismos, sin complejos, aún sin olvidar la necesidad de replanteamientos en ámbitos como el laboral o el medioambiental.

Como cierre de aquellas estancias en Benidorm debo recordar la visita “compensatoria” a algunos iconos arquitectónicos de la zona (al margen, claro, de los rascacielos). Nos trasladamos a Calpe, a la urbanización de la Manzanera donde se localizan cuatro proyectos experimentales de Ricardo Bofill: Xanadú, la Muralla Roja, Plexus y el Anfiteatro). Parte de estos proyectos suponen un ejercicio de lo que Lefebvre y Mario llamaban utopías concretas, intentos (más o menos exitosos, más o menos fallidos según las circunstancias y según la propia vivencia de cada edificación) donde sobre todo se pretendía romper con la lógica del edificio-vivienda compartimentada y aislada, para promover la simultaneidad y la intersticialidad, con espacios comunes, de interconexión, de tránsito y encuentro en medio de los edificios, con posibilidades variables según las circunstancias y los deseos de los usuarios. En fin, la fascinación y seducción de estas construcciones y de los planteamientos que los motivaron no colman el apartado dionisiaco que Mario buscaba. Por ello merece la pena subrayar cómo antes de concluir nuestra visita a la Manzanera hizo que dirigiera mi mirada a un acantilado donde se encontraban los escombros de lo que se supone fue un Club Social, diseñado también por Bofill en ese ejercicio de experimentación creativa. Allí, como un auto homenaje al goce gaviriano me recordó, con la misma nostalgia que generaba tal espacio, un tórrido encuentro amoroso con una joven al reparo de los muros de ese Club Social ahora completamente en ruinas.

8. Jones, O. 2011. *Chavs. La demonización de la clase obrera*. Madrid: Capitán Swing.

A modo de cierre

Tras aquella experiencia iniciática con Mario fueron otros muchos los proyectos en los que colaboramos. Bien es cierto que él andaba empeñado en ejercer de oráculo de nuestra sociedad, cosa que siempre se le dio bastante bien, en este caso con los conflictos de convivencia e identidades en España en particular y a Europa en general. Yo por mi parte seguía interesado en su faceta urbana y en su reflexión sobre los espacios del disfrute. En esto como en tantas otras cosas también fue enormemente generoso pues no cerró esa puerta sino que la concibió como el modo en que pudiéramos seguir colaborando: cuando le llamaban para participar en algún concurso de urbanismo, me avisaba, si teníamos que trabajar en algún proyecto acordábamos que yo me encargaba de cuestiones de vivienda o en general del análisis de los espacios urbanos. Si le pedía ayuda con algunas lecturas y discusiones sobre Lefebvre allí estaba, hasta intentar ir más allá de su maestro, sobre todo en lo relativo a los espacios del disfrute, donde consideró que Lefebvre se había situado en una dimensión demasiado etérea, demasiado filosófica. En el caso de diseñar una propuesta para el desarrollo socioeconómico de la Ribera de Navarra donde el semidesierto de las Bardenas Reales tenía un papel estratégico me invitaba a que reflexionáramos sobre la función de los paisajes como generadores de emociones, apoyándonos en las lecturas de Joaquín Araujo⁹ o Joan Nogué¹⁰ pero también en las del maravilloso “solitario del desierto” Edward Abbey¹¹. Por no hablar de las sugerentes apelaciones a La Habana como espacio de la gozadera (suma perfecta de sexo, baile y ron) inspiradas en sus visitas a la capital cubana o en otras lecturas como las del apasionado y desgarrador Pedro Juan Gutiérrez y su *Trilogía sucia de La Habana*¹². Esas conversaciones eran enormemente reconfortantes pero también eran un verdadero peligro ya que, bien fuera en su casa de Zaragoza bien fuera en su refugio de Cortes, las dificultades para concluir las convertían la escena en un trasunto de *Ángel Exterminador* buñueliano. Ahí estaba la puerta de salida. Mario no oponía resistencia física ni había cerrado con llave, pero parecía imposible salir: si no era porque la propia conversación te atrapaba, el freno se encontraba en un Mario que constantemente contrataba: “mira, has venido con prisa y eso es lo peor que hay. Otra vez no vengas con prisa. Ahora se te va a hacer tarde. Mejor quédate a cenar y a dormir y así terminamos lo que estamos hablando y mañana estás de vuelta en Pamplona a primera hora”. La lógica siempre era la misma, ir con calma y saborear las conversaciones y los momentos hasta el extremo. Sin fin.

9. Araujo, J. 2015. *El placer de contemplar*. Barcelona: Carena.

10. Nogué, J. (Coord.) 2008. *El paisaje en la cultura contemporánea*. Madrid: Biblioteca Nueva.

11. Abbey, E. 2016. *El solitario del desierto. Una temporada en los cañones*. Madrid: Capitán Swing.

12. Gutiérrez, P. J. 1998. *Trilogía sucia de La Habana*. Barcelona: Anagrama.